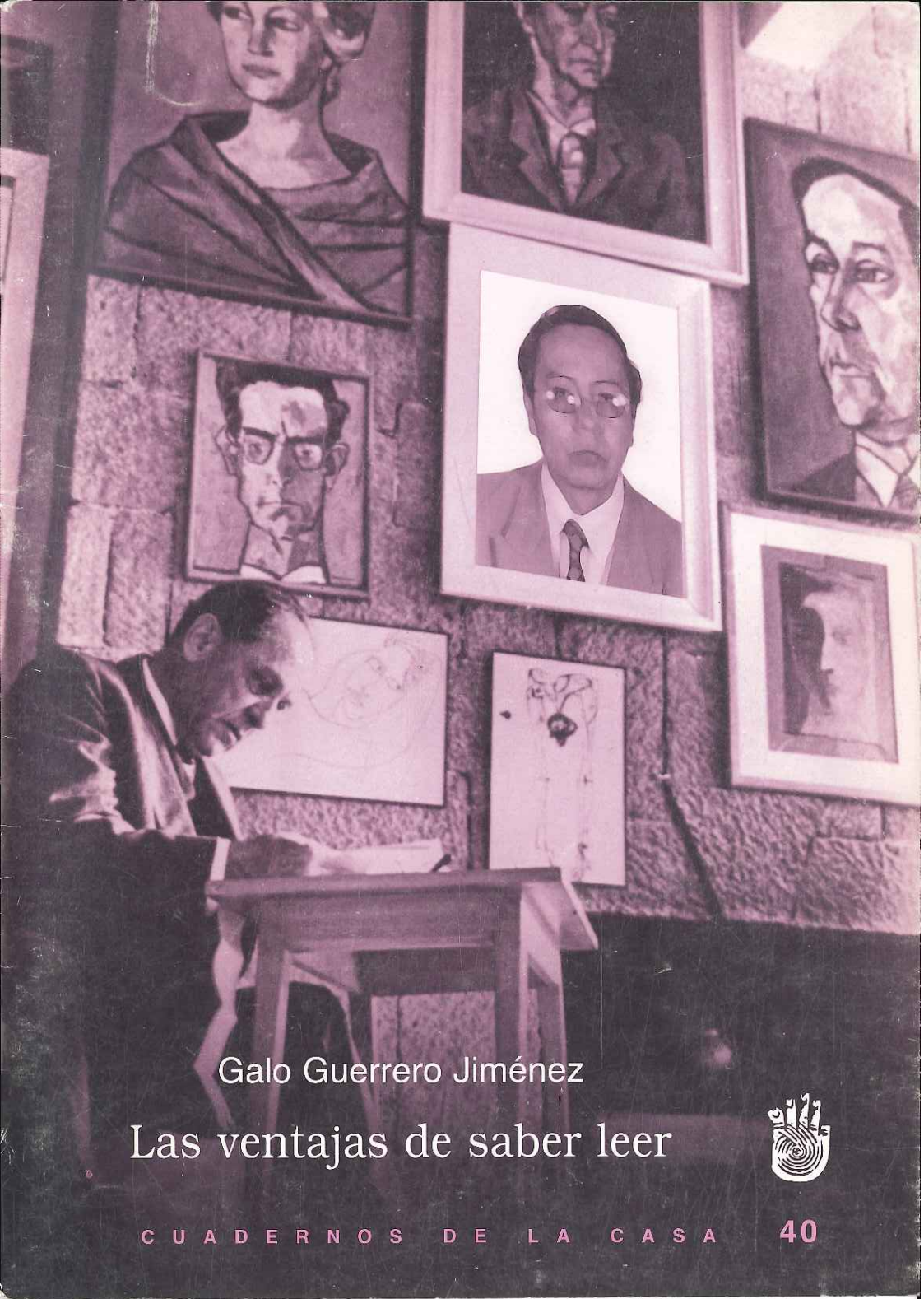




Galo Guerrero Jiménez

Las ventajas de saber leer



C U A D E R N O S D E L A C A S A

40



ADMINISTRACION DEL ESCRITOR RAUL PEREZ TORRES
2004

Benjamin Carrion
2004

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

LAS VENTAJAS DE SABER LEER



Casa de la Cultura Ecuatoriana

QUITO - ECUADOR
2004



Cuadernos de la Casa
COLECCION
Editor: Williamns Kastillo

LAS VENTAJAS DE SABER LEER

- © Galo Guerrero Jiménez
- © Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"
Avs. 6 de Diciembre N 16-224 y Patria
Dirección postal: Apartado 67, Quito-Ecuador
Correo electrónico: cce.benjamincarrion@andinanet.net
Página web: www.cce.org.ec
Teléfonos: 2565-721 / 2230-505
Fax: 2566-070

Fotografía portada: Archivo Casa Benjamín Carrión, fotomontaje
Diseño e impresión: Editorial "Pedro Jorge Vera" de la CCE.

Impreso en Ecuador - Printed in Ecuador

El papel de la lectura en la realización del empeño de "ser más" salta a la vista. Leyendo, el hombre se afirma en lo que es, atisba lo que puede y debe ser, va siendo de modo distinto y se hace, en definitiva, más él mismo y más hombre, porque la lectura es el acto en cuya virtud entramos en comercio visual con la palabra, y la palabra es el cauce por el cual modificaré zubirianamente una célebre sentencia de Heidegger, la realidad se nos hace ser.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Médico, historiador, ensayista y académico español

El primer libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela, y el segundo es el libro de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El tercer libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El cuarto libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El quinto libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El sexto libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El séptimo libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El octavo libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El noveno libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela. El décimo libro de la serie es el volumen de la historia de la vida, que se publica en la forma de un libro de texto para la escuela.

PEPE LUIS BARRALDO

Historia de la vida y la evolución

1. LAS VENTAJAS DE SABER LEER

Uno de los mayores deleites del intelecto humano es la lectura. Pero aunque en teoría digamos que es el mayor deleite, la lectura sigue siendo una de las actividades menos practicadas. Es correcta

Si el lector adquiere el hábito de leer, la lectura será una actividad elegida libremente; y, justamente, por ser libre, le posibilitará la capacidad de pensar, de mejorar el lenguaje, de interrelacionarse y enriquecer las relaciones personales, de aumentar su bagaje cultural, de expresar sus puntos de vista con espíritu crítico.

la afirmación de que somos anal-fabetos funcionales aunque sepamos leer y escribir. Se cree que por lo menos el 80% de la gente que "sabe leer y escribir" casi nunca lee nada. Hay gente que cuando toma un periódico apenas lee el horóscopo, la crónica roja o la página deportiva.

La actividad productiva del espíritu a través de la lectura es quizá una de las herramientas más extraordinarias para potenciar nuestro trabajo intelectual y de bienestar humano. ¡Cómo se enriquece nuestra vida con lecturas sabrosas, amenas, divertidas, serias y profundamente analíticas!

Desde luego que, como en toda actividad humana, si no nos llenamos de ilusión, de ideales, de objetivos claros para una convivencia sana, no resulta fácil llegar a adquirir el hábito para leer. Como dice la pedagoga española y especialista en literatura infantil, Carmen Lomas Pastor, es necesario adquirir un entusiasmo contagioso en el amor por la lectura; entusiasmo que, en primera instancia, sólo los padres de familia y los educadores pueden impregnar en los

niños y jóvenes mediante la selección adecuada de lecturas que sean atractivas, que llamen la atención y el interés, con temas, lenguaje y estilo adecuados a la edad de estos noveles lectores.

Si los padres de familia y educadores lograron despertar en los niños y jóvenes el deseo y el gozo de leer, se puede, con toda seguridad, esperar mucho de ellos; por ejemplo, que aprendan a tener una excelente competencia comunicativa; y que a la par que leen para instruirse, están aprendiendo a formarse para adquirir un pensamiento crítico. Los hábitos de la reflexión, del análisis riguroso, de la concentración, de la recreación, del gozo y del placer estético, los llevarán a entretenerse y a distraerse hasta llegar, como lo señala Pedro Salinas, a "leer por leer, por puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estar con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con su amada".

Si el lector adquiere el hábito de leer, la lectura será una actividad elegida libremente; y, justamente, por ser libre, le posibilitará la capacidad de pensar, de mejorar el lenguaje, de interrelacionarse y enriquecer las relaciones personales, de aumentar su bagaje cultural, de expresar sus puntos de vista con espíritu crítico.

La lectura, en definitiva, cambia y enriquece el sentido de nuestra vida. Claro, siendo un medio de entretenimiento y distracción, nos impulsa a satisfacer la curiosidad intelectual y científica, nos despierta aficiones e intereses, nos halaga en el esfuerzo y voluntad personales en virtud de la participación activa y dinámica que el acto de leer provoca.

Asimismo, la capacidad de atención, de concentración y de observación le son inherentes al buen lector. Y si, nuestras lecturas favoritas son dentro del ámbito del arte literario, es decir de la buena literatura de ficción, su lectura nos potenciará la recreación de la fantasía y el desarrollo de la creatividad, tan venida a menos en una sociedad que, urgentemente, necesita de mucha creatividad para que aprenda a ser productiva en los diferentes campos del conocimiento humano.

2. LEER ES UNA PASIÓN

Aunque parezca exagerado, si cambiásemos las horas de televisión por horas de lectura, ¡cómo nos vendría bien a todos! Las lecturas, bien elegidas, favorecen el desarrollo de las virtudes. Claro, cuántas cosas buenas puede usted descubrir, modelos para admirar e imitar; ideas profundas y vivas que nos promueven para ver la vida de otra manera. Lea, lea y lea y creará su propio espíritu de grandeza y de modestia, de análisis y de reflexión, de actividades libres pero también de compromiso.

La lectura nos afina y nos refina el espíritu estético y nos educa la sensibilidad, el carácter y la afectividad.

*La lectura nos afina
y nos refina el espíritu
estético y nos educa la
sensibilidad, el carácter
y la afectividad.*

Toda la riqueza interior que de por sí le es inherente al ser humano, se engrandece a la luz de las buenas lecturas.

El espíritu lector no sólo le compete a la cabeza, al intelecto en sí: la persona entera se ve envuelta en un emporio de entusiasmo y de deleite que hace

que toda su estructura humana vibre de emoción ante tamaña actividad que la experiencia humana la absorbe por entero, sin presiones ni imposición alguna. Pues, cuando la lectura se vuelve una actividad deseada, no impuesta, voluntariamente elegida, entonces sí, el lector tendrá la certeza y la disposición anímica para gozar y sufrir, para pensar con rigor y discernir, para enriquecerse y transformarse, para nacer de nuevo pero también para hacerse actuando y amando con mayor facilidad que si lo hiciera desde la orfandad lectora.

Desde luego que, la pasión por la lectura no nace sola, no nos viene como por arte de magia, no nos cae del cielo. Es necesario,

al inicio, poner todo nuestro esfuerzo humano hasta adquirir este precioso hábito lector. Es cierto que en un ambiente familiar o educativo nocivo no se hacen buenos lectores. Tampoco se logra buenos lectores a través de la imposición. ¿Cuál es la receta, entonces? No la sé exactamente. Sólo sé que hay que proponernos contagiar esta pasión, inculcarla diaria, asidua y pacientemente pero sin poses intelectuales de vanidad. La sugerencia de los buenos libros que sí los hay en las bibliotecas o a través de préstamos entre amigos, cuando no hay dinero para comprarlos continuamente, hacen posible tener el libro en nuestras manos.

En clase o en el hogar, el contagio lector a los niños y jóvenes, se lo puede lograr leyéndoles pasajes selectos o contándoles la historia del libro seleccionado, pero con entusiasmo, con deleite, con fervor, para que descubran toda la riqueza valorativa que encierra el texto; y, ante todo, que logren experimentar el goce lector que el profesor o padre de familia siente al transmitirles su lectura.

Algún día, en algún momento de gracia, se habrá logrado que una alma adolescente, joven o adulta quizá, haya penetrado en el cielo de la lectura, no en la de obligación ni en la meramente fonética, sino en aquella en la que sienta que realmente vive y que ha pasado a ser parte de su existencia vital.

3. ANIMAR A LEER

En una sociedad que no lee, la tarea no radica en obligar sino en animar a leer. Ninguna tarea obligada implica un acto de reflexión. Y el acto de leer exige reflexión, gozo pleno, interrogación, soledad para poder degustar con una mirada interior, contemplativa y de profunda interiorización toda la riqueza que el texto nos ofrece.

El libro no sólo debe formar parte de la educación escolarizada sino también de la familia. En la familia el libro se hace uno más en actitud de nexo y de gozo. Así como para la familia y los amigos uno tiene un sitio de preferencia y de afecto, en la misma medida debe haber esa preferencia y ese afecto para el libro. En la familia se habla de todo, pero menos de libros ¿Por qué no incorporar el tema de los libros en la conversación de la familia? La familia debe estar preparada, educada para recibir a este nuevo miembro, que si se lo interroga, hablará bien y mucho.

Para comer, para dormir, para ir al baño tenemos en la casa un lugar específico; de igual manera debe haber un espacio adecuado para leer. Si los padres no valoran la lectura, difícilmente los hijos lo harán, con mayor razón si sabemos la deficiencia que hay en la educación escolarizada para la animación a la lectura.

Insistimos, debe haber un sitio de preferencia en la vida de familia para el libro. Pero este espacio debe ser habitual y asumido de manera natural. No se puede obligar a leer, a decir, por ejemplo: ahí están los libros, léelos. No hay mejor ejemplo de animación a la lectura que la que nuestros hijos nos vean leer. La presencia del libro en la casa debe ser viviente, de uso común.

Que cuando haya que regalar algo, el regalo habitual sea un buen libro; que debemos despertar en los niños y jóvenes el interés y cuidado por el libro, son aspectos que ningún padre y madre de familia deben descuidar. Y qué mejor, así como uno va con su familia a un determinado lugar para divertirse, debería también acudir-

se con los hijos a una librería, a una biblioteca, a una feria. En fin, hay tantos detalles de la familia, del educador para con el libro y los noveles lectores que, aunque parezcan intrascendentes, ayudan mucho para un proceso de formación en la lectura.

De ahí que, dentro de este ámbito de formación y animación a leer desde la familia, no se puede permitir que se imponga sin más ni más las lecturas, peor tomar la lectura como castigo. De nada sirve también que se esté recordando a cada instante lo bueno que es leer cuando ni los educadores ni la familia lo hacen. A veces se trata de motivar a fuerza de insistir de que debe leerse para no sacarse malas notas, de que es necesario leer para no quedarse como un mediocre, etc. etc. de "consejos" que no favorecen la motivación lectora. Como se dice comúnmente, el remedio a veces resulta peor que la enfermedad. Por ejemplo, a veces por querer hacer mejor las cosas, se le dice al niño que apague la televisión para que vaya a leer. En este caso, al igual que los anteriores, la lectura aparecerá ante la mente del niño o del joven como algo impuesto y no gratificante; así, pues, no se motiva a leer. Asimismo, si ya el niño y el joven comenzó a leer un libro y no lo terminó, no se puede exigir que lo terminen; como tampoco se puede exigir que lean los libros clásicos, por excelentes que sean, porque mucho dependerá de la madurez lectora que en ellos haya para valorar un libro.

En igual medida, si se piensa que estamos animando a leer por el hecho de mandarles una tarea académica para que realicen del libro leído, también nos habremos equivocado. Con las tareas se impone y hasta se aprende, pero no se anima a leer. Mucha gente piensa que leer para hacer un trabajo o manifestar una opinión por escrito es la mejor manera de acercar al niño y al joven al libro.

Como vemos, las sugerencias que a veces hacemos para ganar lectores, no son las más oportunas. Lo que sí es cierto es de que hay un libro y un momento adecuados para un lector que, inducido y animado por alguien —padre-madre-educador—, emprende en un acto de lectura voluntaria.

4. UN ENCUENTRO GOZOSO CON LOS LIBROS

Si el encuentro con el libro no es de gozo, no se debe leer. Y de hecho, si la animación a leer no es voluntaria, no hay lectura. Que debe haber un mediador entre el niño y /o el joven y el libro, es verdad, porque el mediador u orientador nos enseña a descubrir el valor de la lectura.

Insistimos en la trascendencia que para el lector principiante tiene la familia y el educador como auténticos mediadores. Si decimos que el encuentro con el libro debe ser de gozo y no de aburrimiento o de imposición, entonces debe crearse un ambiente festivo en torno al libro. La preparación de este ambiente demanda de conocimiento, de tiempo y de habilidad por parte del mediador. Al futuro lector debe preparársele el camino, así como los amantes preparan el suyo para el encuentro pleno y de gozo mutuo. Los expertos sostienen de que antes que el niño sepa leer fonéticamente, ya debe haber un interés lector a favor de él.

Por ejemplo, de 1 a 3 años ya debe haber una aproximación con el libro a partir de la palabra oral que el padre y la madre le harán llegar al niño con la magia de las palabras que a través de poesías sencillas, cuentos de hadas y muy breves, con historias rimadas, tradiciones orales, y sobre todo de hechos cotidianos y cercanos a la experiencia del niño, le pueden favorecer para esta aproximación lectora. La voz familiar, en este caso, siempre será portadora de estados anímicos afectivos, de seguridad y de placer. Incluso, el encuentro con libros llenos de imágenes con dibujos grandes y claros o, lo que es mejor, el encuentro con libros de plástico de fácil manipulación lo llevarán a identificarse ya con el libro en actitud de gozo y de interés lúdico.

De 4 a 6 años los niños tienen ya preferencia por los libros de cuentos sencillos, breves y con ilustraciones abundantes y textos cortos y de estructura lineal. Asimismo, los argumentos y el vocabulario deben ser fáciles de entender y siempre con un final fe-

liz. El contenido de estos libros son de hadas, de historias cotidianas, de ambiente familiar y de animales que poseen sentimientos y comportamientos humanos. La naturaleza misma: ríos, árboles, montañas, la lluvia, el sol, la luna, etc. pueden ser personificados y portadores de los más nobles sentimientos humanos que el niño sabrá apreciar de buen agrado.

De 6 a 8 años, ya no es tanto la descripción sino la acción de cuentos imaginarios, fantásticos, fábulas, leyendas, mitos y tradiciones sencillas, lineales y con ilustraciones, lo que les fascinará a los niños. Los animales humanizados, la poesía sencilla y con rima, trabalenguas, cuentos disparatados y con buen humor y libros informativos y con vocabulario sencillo, son también ya motivo de su preferencia lectora.

De 8 a 10 años las preferencias se inclinan ya por libros de aventuras, de pandillas, de inventos fantásticos y de juegos disparatados y de humor. La poesía, la leyenda, el mito y los libros informativos sobre geografía, deportes, pueblos y experiencias científicas van cobrando dimensiones más significativas y de interés. El vocabulario del libro debe ser el de su argot infantil y el estilo mucho más directo, con abundantes diálogos y con argumentos lineales pero de mayor complejidad con respecto a las edades anteriores.

De 10 a 12 años prefieren ya aventuras espectaculares; les encanta el misterio, la ciencia ficción, la poesía, los inventos, las biografías y el entorno de otras culturas. Los argumentos de los temas leídos son mucho más fluidos y de gran acción. Los diálogos, las descripciones breves y los personajes definidos de acuerdo a lo que en la lectura representan, aunque sin mayores profundidades psicológicas, son motivo de atracción. El humor pero no la complejidad de problemas de fondo son también un acto de gozo y de educación lectora.

5. CÓMO DISFRUTAR CON LA LECTURA

Toda actividad lectora debe estar adaptada a la edad y al libro, e incluso al sexo. Por ejemplo, las adolescentes de 12 a 15 años prefieren lecturas tiernas, de historias de amor, de manera especial las novelas y poemas sentimentales. En cambio, los adolescentes de la misma edad prefieren la lectura de historias fantásticas pero con una buena ambientación humana y social. A esta edad, exigen ya que los personajes tengan perfiles bien definidos

*El misterio, el suspense,
la acción, la
ciencia-ficción y las
novelas psicológicas, el
buen humor y los
personajes protagónicos
de acuerdo con su edad,
es lo que más deleita a
los adolescentes.*

y en torno a problemas actuales familiares, sociales, de la ciencia y del mundo del trabajo en general. El misterio, el suspense, la acción, la ciencia-ficción y las novelas psicológicas, el buen humor y los personajes protagónicos de acuerdo con su edad, es lo que más deleita a los adolescentes.

Sin embargo, aunque se puntualicen edades y preferencias lectoras, ¿cómo mismo lograr que los niños y los jóvenes lean -cuando ni los adultos lo hacen-, sin necesidad de que se sientan presionados a tomar como una carga o molestia lo que deben leer? Al respecto, los expertos aconsejan algunas actividades que pueden llevar al gozo pleno y a la animación lectora:

A los pequeños de tres a cinco años se les puede pedir que observen las ilustraciones del libro y que cuenten lo que están haciendo los personajes. También se les puede pedir que cuenten la lectura que acaban de escuchar.

Los niños de hasta ocho años pueden aprender alguna poesía,

adivinanza, acertijo, dicho, copla y trabalenguas acordes con su edad. Se les puede insinuar para que una vez que lean, dibujen al personaje que más les haya agradado. Se les puede preguntar con cuál personaje les gustaría quedarse y por qué. Para mejorar la atención se les puede introducir frases falsas a la lectura para que descubran lo que no corresponde. Se puede también preguntarles qué le pasaría a la historia si se añade o se quita un personaje. Esto permite recrear el vuelo de su imaginación tan rico en los niños de esta edad.

Con niños de hasta diez años se puede ya practicar el nivel semántico de la lectura, preguntándoles qué quiere decir tal o cual palabra para que la busquen en el diccionario y hacer luego frases divertidas con esas palabras. También se puede fortalecer la memoria espacial si les preguntamos dónde sucedió tal cosa o dónde estaba tal personaje cuando hacía tal cosa. Esta edad es propicia también para la creación de versos con rimas sencillas. La lectura en voz alta alternada entre el niño y el adulto, en donde cada cual vigile las equivocaciones del otro, es una actividad muy enriquecedora, sobre todo para educar el tono, el timbre y la buena pronunciación.

Con niños de hasta doce años, y cuando el libro les ha entusiasmado profundamente, se les puede pedir para que le escriban imaginariamente al autor especificando sus puntos de vista sobre el libro. Asimismo, según el autor haya descrito a los personajes, los niños pueden pasar momentos muy divertidos poniéndoles apodos a los personajes más sobresalientes. Se puede solicitarles, asimismo, que hagan una campaña publicitaria del libro; es decir, motivarles para que piensen qué argumentos tendrían que inventarse para promocionar la venta y la lectura del libro. Pueden, a su vez, dibujar o pintar la historia, reinventar el título del libro, rehacer la portada, cambiar el final de la historia o relato por otro inventado por ellos.

Con niños y jóvenes de hasta catorce años es posible ya entrar en el análisis de los personajes o establecer una conversación más

abierta en torno al libro leído. A estas alturas se puede ya fomentar el pensamiento crítico y con rigor, invitándoles, por ejemplo, a que opinen sobre la tesis que defiende el autor del libro, a que expresen cuáles son sus emociones y sentimientos al respecto.

Y recuerde, cuando la familia y el educador se han comprometido con la lectura, nunca se puede forzar a leer si no se han buscado las estrategias para la animación lectora.

6. LECTURA Y APRENDIZAJE

Es indiscutible que la lectura se convierte en una de las funciones más elevadas del cerebro humano y, por lo mismo, en una de las funciones más importantes de la vida, en virtud de que casi todo lo que se aprende tiene su punto de partida en las habilidades que cada persona tiene para leer.

Cuando a más temprana edad el niño aprende a leer, mucho más efectiva será su capacidad para adaptarse e interpretar el mundo que le rodea. Hay que desterrar la idea errónea de que si más temprano el niño aprende, más rápido se cansa, y que por eso luego no le gusta la escuela o el colegio.

Los neurólogos y fisioterapeutas especializados en el desarrollo cerebral infantil sostienen que en un ambiente sano y de educación prolija, los niños ya pueden leer palabras cuando tienen un año; cuando tienen dos, pueden leer frases, y a los tres años pueden leer ya libros completos. Claro que en su primer año de vida todavía no conocen el abecedario pero aprenden a reconocer las palabras. Se cree que no sólo la vista sino el oído aprende a interpretar las palabras, en la medida en que sólo el cerebro humano puede hacerlo. Tan admirablemente está diseñado el cerebro humano que hasta un niño con lesión cerebral severa puede aprender a leer, y a veces hasta mejor que en las condiciones en que aprende un niño normal.

Una vez más es necesario insistir en la valoración y motivación que debe imprimirse en la formación del niño para fomentar en ellos el amor por aprender. Con mayor razón si partimos de la certeza de que el niño pequeño tiene un vivo deseo y afán ilimitado por aprender. Y este afán por aprender se incrementa en la medida en que los mayores (padres y madres de familia y educadores, sobre todo) tengamos la entereza para levantar tantas y tantas restricciones físicas que a los niños les hemos impuesto, pensando que con ello logramos una mejor formación.

Si hoy la ciencia afirma de que el niño no sólo aprende justo después de nacer, sino desde el mismo vientre de su madre, y que cuando tiene ocho años el proceso de crecimiento de su cerebro está ya completo, es necesario, entonces, confirmar que su formación debe ser la más prolija en esta etapa de su crecimiento. Por eso, a los seis años habrá aprendido ya prácticamente toda la formación básica sobre su familia y sobre sí mismo. ¿Y por qué aprende tan fácilmente si aún no tiene experiencia?, se preguntarán muchos. Sencillamente porque su curiosidad no descansa y porque aún no se ha llenado de la cantidad de prejuicios que los mayores tenemos para aprender. La actividad lúdica, es decir el juego, es otra enorme ventaja que el niño tiene para aprender. De ahí que, Glenn Doman asegura que "el proceso de aprendizaje debería ser prioritariamente divertido, ya que es el más fabuloso juego de la vida".

Si de hecho el niño aprende a través del juego, debe tener oportunidades casi ilimitadas de movimiento para la exploración física y la experimentación. Es en medio de esta insaciable movilidad, curiosidad y de juego cuando se estampa el componente del conocimiento y de su sello intelectual. Pensemos que todo este aparente entretenimiento está orientado a aprender. De ahí que, es éste el período de su vida, y no otro, el indicado para que aprenda a leer de forma natural y sencilla. La lectura en esta etapa, por lo tanto, es una necesidad vital.

7. EL HOMO LEGENS

El homo legens hace referencia al hombre que lee. Se trata de una frase que dice mucho, según el estudioso Bolívar Echeverría, un filósofo y ensayista ecuatoriano que presentó una ponencia sobre el papel de la lectura con el tema "Leer, pese a todo", en el Primer Congreso Internacional del Libro y la Lectura celebrado en Quito desde el 14 al 17 de abril de 2003. Para este intelectual no necesariamente todo el que lee es un homo legens. Para serlo se necesita estar loco por la lectura, como el Quijote. Es decir, la vida entera del ser humano debe estar afectada por la lectura. Si uno no es otro leyendo, no es nadie.

El homo legens no se hace en la escuela. Se forma, debe formarse antes de entrar en ella. La misma televisión que siempre es satanizada favorece la lectura de los infantes: viendo los anuncios de la televisión cuando muestran palabras grandes y claras y escuchando, los niños inconscientemente están aprendiendo a leer. Y qué impresionante vocabulario de la lectura adquieren con sólo leerles en voz alta.

En un ambiente favorable, el homo legens empieza en la cuna. Cuando más temprana sea la lectura, se marcará en el niño una gran influencia intelectual y afectiva en el rendimiento futuro de su vida.

Cuánta gente que dice leer no es propiamente un homo legens porque la habilidad lectora no existe. Si en una lectura más o menos densa no se aprende a crecer, a crear, a descubrir y a discutir, se

*En un ambiente
favorable, el homo legens
empieza en la cuna.
Cuando más temprana
sea la lectura, se
marcará en el niño una
gran influencia
intelectual y afectiva
en el rendimiento futuro
de su vida.*

es un analfabeto funcional, es decir, un homo no legens. A decir de Álvaro Agudelo "el texto tiene una especie de corriente, de luz, de sombras, de coloridos, de senderos, de espacios y laberintos secretos, que es imposible recorrer sin unas estrategias especiales".

Todo escrito parte necesariamente de un buen manejo del lenguaje, y por simple que el escrito sea, siempre es portador de un significado que puede moverse en el plano de la denotación o de la connotación. Hay textos que dicen lo que textualmente aparece en el escrito; sus componentes son directos y por ende no pueden sufrir ninguna distorsión o alteración; su sentido es por lo tanto denotativo. En cambio, hay textos que sugieren, que van más allá de lo escrito. El lector debe aprender a descubrir el sentido que se oculta detrás de las palabras; este es el plano de la connotación. En ambos casos el texto siempre dialoga con el lector, diálogo que no será fructífero si el lector no tiene un conocimiento del contexto cultural, histórico e ideológico del momento en que se produce el texto y del momento en que se lo lee. Incluso, como sostiene Agudelo: "El hecho de que un texto se ofrezca en el plano de la connotación no da derecho al lector a tomarlo y rehacerlo con el criterio de subjetividad" que puede ocurrírsele al lector no lector, por así decirlo.

En este orden, y según el criterio de Bolívar Echeverría, hay todo un largo proceso de formación para llegar a ser homo legens, indistintamente de si se es varón o mujer. De ahí que, la tesis de Glenn Doman es evidente: los niños deberían aprender a leer en casa de la misma manera que aprenden a escuchar en casa. Y si, como sostiene este estudioso, la lectura, o el lenguaje escrito, antes que una asignatura es una formación cerebral exactamente igual que lo es el lenguaje hablado.

En conclusión, si la lectura es una función cerebral, se aprende a ser homo legens desde que se nace, si la familia, por supuesto, así lo decide y contribuye para ello.

8. EL LECTOR NO NACE, SE HACE

La lectura es el acto más solidario que pueda haber por la correspondencia que se da entre el lector y el texto. Se trata de una correspondencia activa: tanto el talento del escritor como el del lector se ponen en juego para brindar y recibir lo más granado de ese acto personalísimo que implica escribir (para el autor) y leer (para el lector).

Y tan solidario es el acto de leer porque nos prepara para escuchar al otro, a su autor, el cual, a través del texto, está listo para que lo rebatan si es preciso, puesto que la lectura al ser un acto de unión libre entre el texto y quien lee, se supone que el lector asume también el papel de creador, de recreador, de cuestionador, de pensador. No puede haber lectores que se contenten así, sin más, con la simple apariencia física del texto.

Y aunque aparentemente la lectura quizá no subsane nada, sin embargo, constituye una campaña de valores y nos capacita para entender mejor la vida. Como sostiene Iván Égüez en sus "Diez-vagaciones acerca de la lectura", la lectura "está en el campo de la superación personal, aumenta la confianza en uno mismo. Ayuda a no ver las cosas en blanco y negro, a no ser tajante sino embriionario, a oír al otro".

Todo hecho de ciencia, de humanismo, de técnica, y en fin, todo adelanto y descubrimiento que hoy vemos y que se traduce en beneficio para el hombre, ha requerido y requerirá siempre de sendas lecturas, de lecturas activas y profundas, las cuales, siendo tan personales se convierten en un proceso social por todas las reacciones, esperanzas y compromisos que el acto de leer produce en cada buen lector.

Y el compromiso social y de solidaridad es mejor en la medida en que el libro antes que generarnos respuestas puntuales nos siembra dudas, y cuanto más profundas, mejor. Y si bien es cierto que no todo cuanto se lee queda en el lector, qué gratas que

son las diversas sensaciones y los recuerdos memorables que, como un tálamo, quedan en cada lector.

Y si bien es cierto que la lectura es, debe ser, un placer tan personal e íntimo, no cabe duda que esos momentos agradables van acompañados de una clara diferenciación para comprender, por ejemplo que, cuando se lee un texto, se está leyendo el mundo; pues, en el texto se manifiesta la vida y sus lenguajes y un incesante intercambio de sentidos si se trata de un texto de arte, de literatura, especialmente; reflexión, discusión y discernimiento, si se trata de un texto filosófico; creencia y comunicación, si se trata de un texto místico-teológico; descubrimiento, definición, rigor, simbolización, invención, creación, pero en cuanto sinónimo de ordenamiento, si se trata de un texto científico; denotación y literalidad, si se trata de un texto técnico.

Placer, diferenciación, compenetración y esfuerzo llevan al lector a que día tras día se haga. Su comportamiento lector no dependerá, por lo tanto, por el simple hecho de haber nacido y aprendido el alfabeto, sino por ese esfuerzo constante para formarse como lector, como cualquier ser humano, que si quiere aprender una profesión u oficio, tiene que aprender a formarse, a hacerse en el día tras día de la vida.

9. ¿CÓMO SE LEE UN TEXTO CIENTÍFICO?

El libro siempre dialoga con el lector. Lo que pasa es que a veces no puede dialogar porque el lector no tiene los conocimientos y el cuidado previos que debe tener, dependiendo del tipo de texto que vaya a leer.

Este diálogo con el libro no es otro que un acto de conversación mental en el que el lector aprende de su interlocutor, es decir, del texto, a leer el mundo de manera razonada y crítica. Y así como en la vida cotidiana las personas en muchas ocasiones establecen diálogos infructuosos, sin condumio, sin sustancia, también "el lector no lector" mantiene una bajísima correspondencia con el texto cuando, por ejemplo, no entiende lo que lee.

Cada texto tiene sus propias líneas de acción y por ende de interpretación. Así, si se trata de un texto científico, el lector debe saber que su contenido no es definitivo, y que en ciencia no hay nada acabado, es decir,

no hay verdades científicas eternas. La propia naturaleza de las ciencias es su provisionalidad. Y si bien es cierto que el texto científico describe definiciones razonadas, objetivas, concretas y verificables, en virtud de que son el resultado de una observación, análisis e investigación lógica y juiciosa, el lector no puede asumir esas definiciones como acabadas e inmodificables, con mayor razón si la investigación o el fenómeno descubierto es en el ámbito de las ciencias sociales, en donde por la naturaleza misma de esta disciplina las definiciones son mucho más transitorias y provisionales. En las ciencias naturales sí se puede hablar de definiciones más acabadas, a veces dogmáticas y, por supuesto, con mayores limitaciones conceptuales. Las ciencias naturales son mu-

*El libro siempre
dialoga con el lector.*

cho más rigurosas en virtud de que sus realidades se orientan hacia la medición, dada la verificación que de los fenómenos del mundo, en esencia, esta disciplina exige.

Por lo tanto, dentro de las mismas ciencias, el lector debe aprender a establecer las diferencias y niveles de lectura que hay en cada disciplina científica. Debe saber, por ejemplo, que en las ciencias sociales no existen los conceptos puros, acabados, perfectos, aunque ambas ciencias, las sociales y las naturales, buscan confirmaciones y reafirmaciones de la realidad, desde luego, con un enfoque de perspectiva propio en cada disciplina. En todo caso, el lector debe saber que las conclusiones que cualquier clase de texto científico emite, son provisionales.

Claro que el lector que recién empieza a dialogar con el texto científico se preguntará que por qué las verdades y las definiciones no son acabadas, tal como sucede con los textos teológicos cuyas verdades son eternas, aespaciales y atemporales por convicción. Las verdades de los textos científicos no son eternas porque la investigación de los fenómenos sociales, naturales y físicos obedecen a que la "ciencia avanza por acumulación de conocimientos y/o por crisis", como sostiene Álvaro Agudelo. Las realidades y los fenómenos que se investiga son cambiantes; determinados fenómenos necesitan de una percepción mucho más refinada que otros, y los métodos con los que el investigador trabaja también difieren de una ciencia a otra para extraer leyes y/o principios que luego de un tiempo talvez ya no son los más idóneos, debido a que por la misma necesidad de seguir investigando se arriban a conclusiones mucho más refinadas para verificar otras variantes sobre el fenómeno o problema de estudio.

Desde luego que, la lectura de textos científicos, como la de cualquier otro texto, no es para lectores profanos. Pues, si no hay un conocimiento previo y una motivación intrínseca, no habrá manera de dialogar con estos grandes amigos de la ciencia.

10. ¿CÓMO SE LEE UN TEXTO FILOSÓFICO?

Para que un lector se adentre en la lectura de un texto filosófico debe tener una gran capacidad de asombro, de sorpresa, de curiosidad, y con una inquietante agitación mental para plantearse preguntas profundas en la misma medida en que lo hacen los niños.

La actitud del lector debe ser objetiva frente al texto, aunque los puntos de vista del autor sean subjetivos. Si el lector no se ubica en una perspectiva adecuada, en una especie de "limpieza mental", no podrá apreciar los postulados y puntos de vista del autor.

El lector debe saber que al filósofo no le preocupa el significado directo de las palabras; algunos términos tienen una significación especial que el lector tendrá que descubrirla paulatinamente en la medida en que se familiarice con las pautas y las ideas rectoras que

estarán explícita o implícitamente en el texto. A veces el filósofo recurre a imágenes para ilustrar su postura intelectual frente a hechos que por su nivel de abstracción y de problematización, necesitan de respuestas concretas. Esta postura del filósofo sirve para sensibilizar al lector sobre los referentes y puntos de vista planteados en la obra.

Un escrito filosófico plantea un problema de manera sistemática para tratar de resolverlo, y utilizando términos que deben ser entendidos dentro de un contexto muy puntual; pues, dentro de ese contexto el autor presentará argumentos que deben ser leídos desde la óptica en que son presentados. En este orden, el lector

*Es necesario "escuchar"
detenidamente cada
texto, cada párrafo,
cada línea, cada
palabra, para luego
sí poder obtener
una opinión propia
y poder juzgar el escrito.*

debe tener una actitud desapasionada y objetiva. Y si bien es cierto que el texto filosófico ofrece al lector la posibilidad de la oposición, de la discusión y de la discrepancia, pero sólo en la medida en que el lector sepa retomar, y ante todo descubrir los puntos de apoyo del filósofo; es decir, el lector debe caminar, sin prejuicios, por el sendero que el filósofo ha trazado en su escrito pa-

ra lograr su objetivo. Sólo así el lector podrá aceptar con cierta objetividad el problema planteado.

Debe recordarse que una buena obra filosófica no es un tratado científico ni demagógico. Su interés se centra en explicar la naturaleza de las cosas a través de argumentos y de abstracciones que tratan de llegar hasta las causas últimas de los fenómenos.

Ahora bien, si el lector no logra descubrir las ideas rectoras del escrito, pues nada tiene que hacer frente al texto. De ahí que se vuelve imprescindible y muy útil leer obras de otros filósofos que hayan tratado el mismo problema. Es necesario "escuchar" detenidamente cada texto, cada párrafo, cada línea, cada palabra, para luego sí poder obtener una opinión propia y poder juzgar el escrito.

De otra parte, el lector debe también comprender que la lectura de un texto filosófico le obliga a pensar, a tomar la lec-

tura como un reto, en virtud de que este tipo de texto no es una obra de arte acabada. Si el lector ejerce a satisfacción el arte de pensar con rigor más allá del texto descubrirá que no siempre hay una satisfacción absoluta en el descubrimiento de los principios rectores de la obra. Su insatisfacción le obliga a establecer conexiones entre enunciados del mismo texto y de otros que haya leí-

do para que pueda extraer sus propios argumentos con un cuidado tal que si logra, por su cuenta, descubrir plenamente las ideas que rigen al texto, no le será difícil decidir si se adhiere o no a los enunciados o principios propuestos en el escrito.

Si el lector ha leído debidamente una obra filosófica, su responsabilidad mayor consiste en formarse su propia opinión: esa es la mejor cosecha que como lector se puede extraer. Debe recordarse que una buena obra filosófica no es un tratado científico ni demagógico. Su interés se centra en explicar la naturaleza de las cosas a través de argumentos y de abstracciones que tratan de llegar hasta las causas últimas de los fenómenos.

11. ¿CÓMO SE LEE UN TEXTO BÍBLICO-TEOLÓGICO?

No es posible leer un texto bíblico y/o teológico en la misma medida en que se lee un texto filosófico, científico, literario o de cualquier otra índole. Aunque escrita por hombres, la Biblia es palabra de Dios, a diferencia de cualquier otro texto que es palabra humana.

El lector de textos sagrados debe ubicarse en un contexto muy especial: creyentes o no creyentes si no asumen una actitud pro-

*Aunque escrita por
hombres, la Biblia es
palabra de Dios,
a diferencia de
cualquier otro texto que
es palabra humana.*

pia para la lectura no sólo de la Biblia sino de cualquier otro texto sagrado de otras religiones, no será posible obtener lo que en esencia existe en estos textos en los que Dios actúa, obra, realiza y habla con actos que necesariamente no corresponden al lenguaje humano solamente, por más que sea el hombre inspirado por Dios el que los haya escrito.

Como ninguna otra palabra escrita, o, si se prefiere, en mayor medida que otros textos, la palabra del texto sagrado produce efectos que el lector antes que verlos en la palabra los siente en el "corazón" mediante una acción tan personal que en la medida en que se compenetra de la lectura, logra obtener una apertura de sentido a la existencia a través de respuestas que le revelan que esa palabra no es especulativa al estilo filosófico, ni es comparable al estilo científico, ni es de imágenes para negar la realidad o ir más allá de ella al estilo literario, aunque haya infinitud de recursos literarios explícitos en la obra.

La palabra sagrada de la Biblia y el texto teológico es palabra viva, totalmente actuante porque hace referencia a los actos de Dios. El lector debe comprender que en cada renglón Dios se manifiesta actuando. En ese actuar Dios nos comunica su presencia y su misterio que siempre es inteligible si el lector se ubica desde un momento histórico concreto y en correspondencia con unas formas específicas de escritura y narración.

Saber descubrir el trasfondo histórico, la postura crítica y espiritual del lenguaje, los géneros literarios utilizados, la cultura y la postura salvífica que el texto anuncia es tan vital para entender y sentir adecuadamente lo que el escritor sagrado quiso afirmar en sus escritos. El Concilio Vaticano II "afirma que hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres".

Es necesario insistir, en consonancia con lo antes expuesto, en la realidad histórica objetiva y literaria de escritura que el tex-

*La palabra sagrada
de la Biblia y el texto
teológico es palabra viva,
totalmente actuante
porque hace referencia
a los actos de Dios. El
lector debe comprender
que en cada renglón Dios
se manifiesta actuando.
En ese actuar Dios nos
comunica su presencia y
su misterio que siempre es
inteligible si el lector se
ubica desde un momento
histórico concreto y en
correspondencia con unas
formas específicas de
escritura y narración.*

to sagrado contiene, pero no para confrontar mentalmente sus propias opiniones como si se tratase de un texto filosófico y/o científico. El texto sagrado y teológico nos obliga a dejar de lado nuestras convicciones y criterios, incluso intelectuales, para dejarnos llevar sin ningún prejuicio, de manera que podamos sentirnos iluminados hasta llegar a reconocer en la palabra un acto de revelación cuyo sentido le permita al lector entender y descubrir lo que significa ese acto.

La lectura bíblica y teológica, según los puntos que venimos describiendo, debe dejar en el lector una huella muy profunda, de interpelación y de cuestionamiento, de manera que cada palabra-acto de Dios tenga resonancia en la vida del lector hasta descubrir que esa palabra-acto de Dios tiene repercusión en su realidad hasta conmocionarlo, de manera que lo esencial, parafraseando al autor de la conocida obra narrativa de El Principito, se vuelva invisible a los ojos para aprender a ver bien con el corazón.

12. CÓMO LEER LA BIBLIA DESDE LOS GÉNEROS LITERARIOS

Así como no es posible leer una novela tomándola al pie de la letra como si fuese una historia real, o leer un código de leyes como si se tratase de un romántico conjunto de poemas, tampoco se puede leer la Biblia interpretándola al pie de la letra o leerla a toda ella desde una misma clase de género literario, como por ejemplo, si creyésemos que toda la Biblia es de género profético.

Los textos de ciencia, dado el carácter de su objetividad, gozan por lo regular de una misma forma de escritura, no así el resto de disciplinas humanísticas, en especial la literatura, y dentro de ella el conjunto de libros de la Biblia, que, de conformidad con la intención que el escritor tenga para comunicarse, lo hará en diversidad de formas, es decir de géneros, a las que puede acudir para la redacción de sus escritos.

Así como en la literatura el escritor puede servirse de la poesía, del ensayo, de la narrativa o de la dramática, según sea la predilección por el género y el tipo de interés para conseguir su objetivo de escritura, lo mismo su-

*Así como no es posible
leer una novela
tomándola al pie de la
letra como si fuese una
historia real, o leer un
código de leyes como si se
tratase de un romántico
conjunto de poemas,
tampoco se puede leer la
Biblia interpretándola
al pie de la letra o leerla
a toda ella desde una
misma clase de género
literario, como por
ejemplo, si creyésemos
que toda la Biblia es
de género profético.*

cede con la Biblia: cada libro tiene un modo especial para presentar su realidad.

El lector debe tener, por lo tanto, especial cuidado para reparar en la forma literaria en que está escrito el texto bíblico; con mayor razón si sabemos que estos extraordinarios libros se escri-

bieron hace tantos siglos, con criterios culturales y de lenguaje propios de la época.

Así como en la literatura el escritor puede servirse de la poesía, del ensayo, de la narrativa o de la dramática, según sea la predilección por el género y el tipo de interés para conseguir su objetivo de escritura, lo mismo sucede con la Biblia: cada libro tiene un modo especial para presentar su realidad.

La Conferencia Episcopal Ecuatoriana a través de su "Catecismo católico ampliado", intitulado *En Camino hacia el Reino de Dios*, señala que la Biblia es todo un arsenal de géneros y de formas literarias. Y en su numeral 128 nos indica que "la exégesis moderna distingue en la Biblia el relato histórico, la saga, el mito, el cuento, la fábula, el sermón, la exhortación, la confesión de fe, la narración didáctica, la parábola, la sentencia profética, jurídica o sapiencial, el refrán, el discurso, la oración, el canto, etc.", a más de un exquisito lenguaje figurado que se reparte entre hipérbolos: "Moisés extendió su mano sobre

el mar y Yavé hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del Oriente que secó el mar." (Ex.14,21); prosopopeyas: "Les respondió la higuera: ¿Voy a renunciar a mi dulzura y mi sabroso fruto, para ir a mecarme por encima de los árboles?" (Jue. 9,11); y otros recursos del lenguaje como el tropológico que mediante sinédoques, metoni-

mias, símiles, metáforas, imágenes y adjetivaciones hacen de la Biblia un armónico conjunto poético para demostrar mediante este lenguaje escogido, toda la riqueza en cuanto historia de la salvación que en cada texto subyace.

Si consideramos la forma narrativa, hay varias clases; a modo de ejemplo puntualicemos algunas de ellas:

La narración folklórica o popular.- Tiene el objetivo de ponderar las gestas de los pueblos y de sus héroes épicos como el caso de la historia de Sansón y las plagas de Egipto.

La saga.- Es otra forma narrativa que pretende, a través de la transmisión oral de generación tras generación, conservar las vivencias y vicisitudes más destacadas de una generación y de un pueblo concreto, tal es el caso de la historia de los patriarcas.

La narración didáctica.- No se sirve de la historia sino de la ficción y del invento para darnos lecciones muy profundas de que Dios, por ejemplo, es infinitamente misericordioso, tal como se puede apreciar en los libros de Jonás, Job y Rut.

La narración histórica.- Valora e interpreta los hechos reales tratando de descubrir, a la luz de la fe, cuál es el sentido último de esos datos. Son históricos la mayoría de los relatos evangélicos y el libro de los Hechos de los Apóstoles.

La narración confesional.- Va más allá del dato histórico. Se trata de una convicción absoluta que movida por un profundo espíritu de fe, el autor transmite no sólo el dato objetivo dado sino la certeza de que, por ejemplo, Jesús es el Mesías enviado. La anunciación del nacimiento y luego la muerte y resurrección de Jesús no son un dato meramente histórico: es el misterio más profundo y fehaciente que nos invita a valorar desde lo más íntimo de nuestra fe la presencia salvífica, real y efectiva de que Dios es Dios.

13. LA LECTURA DE LOS EVANGELIOS A TRAVÉS DE LAS PARÁBOLAS Y DE LOS RELATOS DE MILAGRO

Es indudable que la luz, la fe y la fuerza de Dios tienen un sentido especial en la Biblia. El lenguaje es el encargado de fortalecer la intención que subyace en cada texto. Por lo tanto, hay una forma específica de lenguaje que desde su lectura nos introduce en la transmisión de la verdad revelada.

No son las ideas del lector las que deben colocarse en el texto bíblico, es más bien descubrir el sentido que a través de la inteligencia, del corazón, de la sencillez y de la imaginación, está latente en cada palabra escrita.

Entender las formas en que la Biblia está escrita nos lleva no sólo a tener información de ella sino a encontrar un sentido de transformación plena para vivir. Su lectura no debe llevarnos a un "biblismo conservador" ni de opresión; y aunque el resultado de la lectura no sea igual para todos, sí debe quearnos una experiencia de su sentido espiritual en cuanto nos promueva a sentirnos libres para captar la sabiduría que explícita o implícita descansa en sus

múltiples formas de expresión; formas que no deben ser asumidas como al lector le dé la gana. No son las ideas del lector las que deben colocarse en el texto bíblico, es más bien descubrir el sentido que a través de la inteligencia, del corazón, de la sencillez y de la imaginación, está latente en cada palabra escrita.

Así, conocer que en el Nuevo Testamento, por ejemplo, "Jesús por ser Hijo de Dios, es novedad, es vida, es camino, activi-

dad siempre nueva. Él mismo dijo: 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí' (Jn 14, 6). Su vida está en referencia al padre Dios, origen y fundamento de toda su vida humana. Su anuncio del Reino de Dios es un llamado a vivir la relación de filiación con el Padre y a practicar la fraternidad con nuestros semejantes. Esta vida se actualiza en una práctica de justicia, igualdad y fraternidad, de la cual Jesús nos dio testimonio, hasta el sacrificio de su vida por los demás" (Conferencia Episcopal Ecuatoriana: *En camino hacia el Reino de Dios*, apartado 982).

Aprécie, por lo tanto, amigo lector, cuántos criterios se ponen en juego a la hora de la lectura. El sentido de la humildad y el conocimiento pleno, insistimos, de sus formas de expresión, como el de las parábolas, los relatos de milagro, las controversias, las anunciaciones, las sentencias enmarcadas, el midrás, la oración, el sermón, las paradojas, etc., nos aseguran un mejor acercamiento e interpretación, en este caso, a la figura de Jesús y por ende a la del Padre.

Sabrosa, por decir lo menos, es la lectura de los Evangelios desde el conocimiento de una parábola. La intención de Jesús, en este caso, es llevarnos a deducir, por comparación o semejanza, una verdad trascendente, a partir de la narración de un suceso inventado o fingido por Él, cuya intención radica, fundamentalmente, en que el lector llegue a emitir un juicio valorativo y de entendimiento sobre el asunto que en esencia está explicando. Así lo confirman las parábolas del hijo pródigo, del sembrador, del grano de mostaza, la de los dos hijos, la de los talentos, entre otras.

Otro asunto frecuente en los Evangelios son los relatos de milagro a través de curaciones, exorcismos y de diversas intervenciones que Jesús lleva a cabo para demostrar no tanto de que Él es el hijo de Dios sino para demostrar de que cuando se tiene fe, todo es posible.

La intención del evangelista para contar un relato de milagro tiene una forma propia, sobre todo la del evangelista Marcos, la cual se remite a cinco pasos. El primero consiste en una brevísima introducción en la que se puntualiza o se presenta la situación. En el segundo paso alguien interviene pidiendo la consecución de algo. Luego, tercer paso, de manera breve, interviene Jesús. En el cuarto paso se produce el efecto de manera inmediata. Finalmente se da una reacción en los espectadores.

Puede usted constatar estos pasos, por ejemplo, en Marcos 1, 23-27; 1,40-44; 4, 37-41; 7, 32-36.

14. LA LECTURA DE LIBROS DE CIENCIAS SOCIALES

Aunque no hay una sola manera para leer bien, no hay mejor método que el que uno mismo se va labrando, hasta llegar a ser plenamente uno mismo, a fuerza de querer leer bien y con pasión en el ámbito que sea de nuestro mejor interés.

En el caso de las ciencias sociales, disciplina que, fundamentalmente, comprende algunos campos: antropología, economía, política, sociología, historia y psicología, exige un estilo de escritura expositivo un poco parecido al de la literatura, es decir, de carácter narrativo, lo cual, aparentemente, presenta una cierta facilidad de lectura.

Las ciencias sociales no son disciplinas ortodoxas; por lo tanto, la actitud del lector no debe ser "canónica" en cuanto implique que su lectura deba ser asumida con suma reverencia. Una actitud ortodoxa le exige al lector extraer una sola opinión correcta y acabada; no hay, en este caso, sino un solo sentido para descubrir la verdad del texto.

La lectura ortodoxa no corre para las ciencias sociales en virtud de que su campo de acción se enmarca en el género ensayístico mixto; en consecuencia, basta partir de este hecho para comprender que su lectura no es tan fácil; pues, el autor tendrá opiniones y puntos de vista sobre un tema que el lector a veces no comparte; o, porque, por ejemplo, si se trata de definir o de cuestionar aspectos de la economía o de la política nacional, el lector puede llegar a cuestionar la terminología y el enfoque empleados por el autor. El científico social, el especialista o ensayista escritor sabe que la disciplina que maneja no es una ciencia pura como puede ser la matemática, la física, la química o las ciencias naturales. Las ciencias sociales mezclan ciencia, filosofía, historia, y en algunos casos hasta se sirven de la ficción. El caso de la historia, por ejemplo, se mueve entre la ciencia y la ficción; el lector, por lo tanto, debe ser consciente de este hecho.

Frente a esta mezcla de disciplinas, que le son casi inevitables a las ciencias sociales —pues, se diría que esa es su naturaleza—, el lector debe preguntarse continuamente la clase de libro que está leyendo. Debe ponerse en la perspectiva de enfrentar al libro desde la óptica de saber identificar todos los hilos y los vericuetos que contiene el texto. Pueda que el punto de estudio sea uno solo pero los problemas que le atañen a esa temática son varios; la tarea, radica, entonces, en identificar y unir los hilos que componen el asunto motivo de la lectura.

El lector debe saber que si no está de acuerdo con el autor, al menos, en ese largo camino que hay que recorrer para llegar a la comprensión del texto, le queda la esperanza de llegar a un entendimiento común de los términos, proposiciones y argumentos que el autor maneja. Sobre todo, el enfoque y las conclusiones no siempre convencen al buen lector, inclusive así se trate de un buen libro.

Desde luego que, la tarea para saber si estamos frente a un buen libro, sólo le es posible al lector que tiene la costumbre de leer varios libros sobre el tema. Y en las ciencias sociales esta realidad es inevitable dada la amplitud que esta disciplina tiene y el grado de complejidad que por naturaleza le es inherente. De ahí que no existe obra con la suficiente autoridad, por versado que un autor sea, como para que nos impida acudir a la lectura de otras obras. A las ciencias sociales siempre les resultará difícil verter concepciones definitivas; y de esta realidad, tanto el autor como el lector, deben estar siempre conscientes.

15. LA LECTURA EXTRÍNSECA

El lector atento goza con la lectura de un buen libro. Sin embargo, hay lecturas que por su complejidad o porque el lector no es experto en el tema, necesita leer ese texto a la luz de otros. El lector, en este caso, requiere de una ayuda externa para una plena comprensión del texto.

Por ejemplo, acudir a un texto que guarde estrecha relación con aquel que se está leyendo, resulta muy útil. En algunos casos no es fácil leer cualquier texto que caiga en nuestras manos. Si se trata de un texto moderno, bien vale la pena acudir a uno más antiguo que en el mismo orden nos dé luces sobre el texto actual. Por sentido común, y hasta como regla básica, por ejemplo, si se está leyendo una historia de la literatura del siglo XX, debe, necesariamente, acudirse a la historia literaria anterior a ese siglo; sólo así la literatura del siglo XX resultará mucho más inteligible. Este orden de lectura, de lo más antiguo a lo más moderno, por citar un caso, es tan pertinente dado que, por lo regular, los escritores de épocas anteriores ejercen cierta influencia sobre los de épocas posteriores que en ese orden les sigan.

Otro tipo de lectura extrínseca, cuando no se ha entendido el texto, o cuando quedan dudas, o cuando no se está satisfecho con lo que se lee, o simplemente por el gusto de querer aprender o indagar más, consiste en acudir a los comentarios y críticas eruditos que realizan los especialistas acerca de la temática que se está leyendo. Sólo que, en estos casos, es aconsejable leer primero el texto que interese y luego sí acudir a la lectura extrínseca. Sólo se acude primero a los prólogos e introducciones cuando se trata de una lectura intrínseca. Pero, si de lo que se trata es de re-

*Un resumen jamás
puede sustituir a la
lectura de un libro...*

solver preguntas e inquietudes o aspectos que no se entiende, por lógica, primero se debe leer el texto, por difícil que nos resulte, y luego sí, presto debe acudirse a la lectura complementaria.

Los resúmenes constituyen también una gran cantidad de lectura extrínseca, sólo válida, asimismo, cuando se ha leído el libro original íntegro. En este orden, el resumen nos ayuda a refrescar la memoria respecto al contenido de ese texto. En este caso es aconsejable que el mismo lector elabore el resumen del libro leído; aunque no deja de ser una ayuda valiosa leer el resumen que otro autor haya hecho. Un resumen jamás puede sustituir a la lectura de un libro; sin embargo, este mal se ha generalizado en la mayoría de los profesores de todos los niveles educativos: por eso en educación tenemos resultados tan deplorables con profesores que casi nunca han acudido a las fuentes primigenias para nutrirse intelectualmente.

Otro tipo de lectura extrínseca la constituyen los libros de consulta, los diccionarios y las enciclopedias. En el caso de los libros de consulta, éstos no nos sirven si no sabemos a qué clase de preguntas nos pueden responder. El lector debe saber qué desea saber de ese libro de consulta, en qué libro encontrar lo que busca, cómo encontrar lo que busca y si, en general, esos libros o autores gozan de prestigio científico y/o académico intelectual como para acudir a ellos. Y si uno desconoce totalmente el libro de consulta al que se pretende acudir, debe primero enterarse de los consejos del editor para poder adentrarse en sus páginas.

Por consiguiente, si el lector no tiene un conocimiento general de los tipos principales de libros de consulta, no sabrá dónde averiguar lo que desea saber, ni cómo está organizada la información, ni qué tipo de libros de consulta le ofrecen las respuestas más adecuadas. Pues, su ignorancia lo llevará a perderse en un mar de incertidumbres, de pérdida de tiempo y de malos momentos; o, lo que es peor, el haber obtenido información que no es la más pertinente para sus intereses, es decir, para la plena satisfacción de sus inquietudes intelectuales.

16. LA LECTURA DE DICCIONARIOS Y ENCICLOPEDIAS

Los diccionarios y las enciclopedias, que son los que más repletos están de conocimientos, son libros especiales, de lectura extrínseca, que, para hacer un buen uso de ellos, hay que saber leerlos.

El diccionario no es un mero libro de consulta; es, ante todo, un instrumento educativo, independientemente de cómo esté elaborado. En él, aparte de una simple intención para verificar la ortografía, la fonética y el significado de una palabra, al lector debe preocuparle el interés por el progreso en su educación; por lo tanto, debe haber una intención fundamental: saber que el diccionario es una ayuda para leer libros cuyo vocabulario no es, a veces o en muchos de los casos, el más asequible para el lector.

*El diccionario no es un
mero libro de consulta;
es, ante todo, un
instrumento educativo,
independientemente
de cómo esté elaborado.*

Sin embargo, por complicado que un texto sea en su lectura con respecto al vocabulario, no es aconsejable sentarse —como dice Mortimer Adler y Charles van Doren— con el libro en una mano y el diccionario en la otra. Resulta que por buscar demasiadas palabras, se puede perder el hilo de la unidad y el orden del texto en estudio. Es conveniente que en el transcurso de una primera lectura de un buen libro, se lo lea casi sin acudir al diccionario; pues, el sentido del texto, cuando se es un lector atento, y el sentido común del lector, lo llevarán de la mano hacia una comprensión general. Sólo cuando nos topemos con una palabra técnica o totalmente desconocida, se debe acudir al diccionario.

Tampoco se debe acudir al diccionario para plantear argumentos sobre algún asunto específico, a través de citas y citas, por más sabiduría que en él haya. El diccionario no es una fuente definitiva de información, por más autoridad que un lexicógrafo tenga en el uso de las palabras. Las palabras son signos que tienen múltiples significados y que se relacionan de diversas maneras. Y sobre todo

Las palabras son signos que tienen múltiples significados y que se relacionan de diversas maneras. Y sobre todo porque, según su convencionalismo, cada palabra tiene su historia y una trayectoria cultural y geográfica que, con en el transcurso del tiempo, experimenta ciertas transformaciones.

porque, según su convencionalismo, cada palabra tiene su historia y una trayectoria cultural y geográfica que, con en el transcurso del tiempo, experimenta ciertas transformaciones.

Otra norma negativa consiste en digerir todo el diccionario, palabra por palabra -para, según se cree o por pedantería intelectual- enriquecer el vocabulario personal memorizando una enorme cantidad de información. Este ejercicio no tiene ningún sentido si las palabras consultadas no guardan ninguna relación con alguna experiencia real y concreta del lector.

Insistimos en la utilidad del diccionario como una obra de autoayuda y no de erudición. Cómo encontrar una respuesta adecuada, a qué debemos prestar más atención y cómo interpretar los diversos símbolos dentro de la unidad del discurso, es lo que importa a la hora de utilizar debidamente un diccionario.

La enciclopedia también es otro instrumento educativo y no sólo informativo. Y, al igual que el diccionario, su lectura es ex-

trínseca, puesto que nos ofrece una serie de hechos en relación con otros. Y la comprensión que ella nos pueda brindar dependerá de cómo el lector esté en condiciones de conocer tales relaciones.

El lector debe saber también que, por más que un tema de consulta sea importante, no estará íntegro en la enciclopedia; ella no contiene argumentos (salvo en ciertos casos), sino datos sobre el orden y distribución del conocimiento que, por una u otra razón, son limitados. Por lo tanto, la enciclopedia no sirve para ir en busca de entendimiento, sino de hechos que requieren explicación. En ella se plantean hechos en cuanto proposiciones reales y no meras opiniones. Y cuando la enciclopedia vierte opiniones, éstas están provistas de apoyo y de sustentos teóricos que son el reflejo de la realidad.

Y como la enciclopedia tampoco es lectura de ensayo ni su contenido es acabado por más que acuda a hechos verdaderos, puesto que el conocimiento siempre es revalorado, observado e investigado permanentemente, el lector debe estar dispuesto a consultar más de una enciclopedia; y, si es posible, debe acudir a aquéllas que han sido escritas en diferentes épocas. Y sobre todo, que tenga la certeza de que aunque sepa cómo encontrar las respuestas, la enciclopedia, al igual que el diccionario, no tienen la última palabra.

17. CLAUSURA Y SENTIDO DEL TEXTO

Todo texto, y de manera especial el de las ciencias socio-religioso-humanísticas, dice más de lo que ya dice. El texto no es un depósito cerrado, siempre exige una relectura fecunda.

...concluido el texto por parte de su autor, el texto está clausurado, y por ende su autor está

"muerto", puesto que ya no interviene más en él, sino el lector, que es el que lo saca de la

clausura; es decir, el

lector es el que revive al

texto, pero ya no a su

autor, porque éste está

alejado. Un texto, por

lo tanto, tiene

significación más por

lo que en él se dice, que

por quien lo dice.

El texto no se presta para una lectura concordista, es decir literal. Por más que el texto nos lleve a una dirección precisa, el lector siempre tiene "un algo", un aporte personal que abre el sentido para decirnos más de lo que a simple vista podríamos detectar. Como receptor-actor, el lector ejerce un proceso de asimilación que desde el texto mismo exige una interpretación de conformidad con el código lingüístico que el emisor-actor haya elegido en la estructura del texto.

Vale decir que la clausura del texto no está en el lector sino en el autor. Y cuanto más riqueza semántica tenga el texto, más alejado queda el autor, tanto del texto como de la mente del lector. Es decir, concluido el

texto por parte de su autor, el texto está clausurado, y por ende su autor está "muerto", puesto que ya no interviene más en él, sino el lector, que es el que lo saca de la clausura; es decir, el lec-

tor es el que revive al texto, pero ya no a su autor, porque éste está alejado. Un texto, por lo tanto, tiene significación más por lo que en él se dice, que por quien lo dice.

En este orden, clausurar un texto desde el lector implica perder toda la riqueza que él tiene. Como dice José Severino Croatto en su *Hermenéutica bíblica*: "Todo texto queda abierto a muchas lecturas, ninguna de las cuales es repetición de la otra"; y esta razón se da sencillamente porque toda lectura es portadora de un discurso, y por lo tanto de un sentido; pero no de un solo sentido, dado que el texto siempre es susceptible de decir muchas cosas a la vez; es decir, el lector se mueve en una pluralidad de lecturas no tanto porque el texto sea ambiguo sino porque su contenido es la producción de un determinado discurso a partir de ese texto.

Para comprender mejor nuestra tesis, la producción del discurso que el texto genera, no es otro que ese mundo de sentidos que de por sí el texto tiene, por pobre que éste sea, o por pobre que sea la actitud lectora del receptor. La clausura del texto por el autor, en cuanto él lo presenta como acabado, es justamente lo que genera ese mundo de sentidos que no son otra cosa que la potencialidad de su polisemia que lo "abre hacia delante", como dice Severino Croatto, dada su condición implícita de estructuración lingüística que el texto tiene. Estos códigos lingüísticos son los que generan nuevas lecturas o la producción de sentidos que promueven interpretaciones en cadena, siempre de manera ascendente y nunca repetitiva.

No existe, entonces, una sola lectura. El lector no puede clausurar el sentido del texto porque es una actitud muy empobrecedora. Hay que recordar que uno no lee al autor sino al texto, el cual es producto de una cosmovisión llamada acontecimiento. La palabra escrita del texto surge, por lo tanto, del acontecimiento, que es el que produce un sentido, en virtud de que el acontecimiento es interpretado por el lector desde su propio mundo de

experiencias; lo cual, de alguna manera, genera una cierta recreación que no permite detener la interpretación.

Desde esta óptica, una buena lectura siempre tendrá una fecundidad insospechada, motivada por la captación de las grandes líneas de sentido que, a partir justamente de la clausura del texto por parte del autor, el lector puede potenciar.

Cognición, lectoras que hacen posible que el texto pase a ser un ser vivo. El texto en manos del lector le brinda—dependiendo del tipo de texto—sabiduría, comprensión, reflexión, emoción, análisis, regocijo, imaginación, ensueño y sentimientos inesperados que muchas veces llevan al lector a lo inaudito. En fin, se lee por tantas y tantas razones que a veces lo único que le basta al lector es saborear la belleza del lenguaje. Roland Barthes nos dice que leer es mordisquear, Nietzsche habla de digerir y José Martí de una lectura para soñar y para aprender a soñar.

Ahora bien, por más que se conciba a la lectura como un placer personal, no deja de ser un hecho social, a decir de José Martí, puesto que cuando se lee, de alguna manera se comparte; el hecho personal se vuelve público. La lectura, aunque sea sólo como placer, es un medio para adquirir información, por lo tanto forma parte de un acto social.

Y como no todas las individualidades lectoras son las mismas, porque no todos tenemos de la misma manera, entonces estamos frente a un hecho social. El texto artincado, puesto en un lugar determinado de la casa, está como al acecho, esperando que el lector lo tome para que con sus manos, con el cerebro y con el corazón se encarne de "resucitarlo", de sacarlo del abandono y hasta del empolvamiento. Basta con tocarlo y éste empieza a recuperar la vida. De objeto inerte pasa a tener vida en abundancia. Y lo que no es que tiene diferentes tipos de vida porque se manifiesta de conformidad con las condiciones lectoras de su "resucitador".

En manos del lector el texto—ya vivo—se hace dueñor o rector. Para ser se puede sentir su atracción a medias o por completo. Para

18. EL TEXTO ES UN SER VIVO

La lectura es una habilidad cognitiva que no exige aparentemente mayor esfuerzo si se la ha incorporado como un placer personal.

Cognición, arte, individualidad y colectividad son realidades lectoras que hacen posible que el texto pase a ser un ser vivo. El texto en manos del lector le brindará —dependiendo del tipo de texto— sabiduría, comprensión, reflexión, emoción, análisis, regocijo, imaginación, ensoñación y sentimientos inesperados que muchas veces llevan al lector a lo inaudito. En fin, se lee por tantas y tantas razones que a veces lo único que le basta al lector es saborear la belleza del lenguaje. Roland Barthes nos dice que leer es mordisquear, Nietzsche habla de digerir y José Morais de una lectura para soñar y para aprender a soñar.

Ahora bien, por más que se conciba a la lectura como un placer personal, no deja de ser un hecho social, a decir de José Morais, puesto que cuando se lee, de alguna manera se comparte: el hecho personal se vuelve público. La lectura, aunque sea sólo como placer, es un medio para adquirir información, por lo tanto forma parte de un acto social.

Y como no todas las individualidades lectoras son las mismas, porque no todos leemos de la misma manera, entonces estamos frente a un hecho social. El texto arrinconado, puesto en un lugar determinado de la casa, está como al acecho, esperando que el lector lo tome para que con sus manos, con el cerebro y con el corazón se encargue de "resucitarlo", de sacarlo del abandono y hasta del empolvamiento. Basta con toparlo y éste empieza a recobrar la vida. De objeto inerte pasa a tener vida en abundancia. Y lo bueno es que tiene diferentes tipos de vida porque se manifiesta de conformidad con las condiciones lectoras de su "resucitador".

En manos del lector el texto —ya vivo— se hace querer o rechazar, se puede sentir su atracción a medias o por completo. Para

José Morais, en su artículo "El desafío de la lectura", tiene al respecto una interesante reflexión: "Hay lecturas respetuosas, analíticas, lecturas para oír las palabras y las frases, lecturas para reescribir, imaginar, soñar, lecturas narcisistas en las que uno se busca, lecturas mágicas en las que se materializan seres y sentimientos inesperados que saltan ante nuestros ojos", frente a un texto que, por aparentemente inútil que sea, tiene toda una calidad de

*El texto en manos del
lector le brindará
—dependiendo del tipo de
texto— sabiduría,
comprensión, reflexión,
emoción, análisis, regoci-
jo, imaginación,
ensoñación y sentimientos
inesperados que muchas
veces llevan al lector
a lo inaudito.*

vida por delante, con mayor razón si el lector es un "brillante actor". Por la misma naturaleza de ente vivo que es el texto, no puede haber lectura meramente receptiva: el lector es actor o simplemente no es lector. El texto siempre llama la atención al lector, el cual debe ponerse "las pilas", sobre todo si descubre que el texto palpita, clama, suda, respira, interpela, anima, habla, grita, calla, asombra, canta, deleita, cuenta, informa...

Esta es la realidad del texto: objeto-vida, que penosamente, a veces, cae en manos de lectores agónicos que matan la cali-

dad de vida del texto. Por desgracia este tipo de lectores no lectores abunda en todas partes, de manera especial en la educación formal, aunque parezca contradictorio decirlo. Y en esta maltrecha situación está aquel que dice no leer porque no tiene libros, otro que sostiene que no tiene tiempo, otro que no lee porque no le gusta leer, y otro que aparentemente no tiene la culpa, porque nadie le enseñó a leer en el amplio sentido de la palabra. Parece-

ría que en estos casos no hubo el mediador social adecuado para que le dé vida al texto (y al lector) que siempre estará esperándonos, como un ser querido, con los brazos y el corazón abiertos para compartir con él.

vida por delante, con mayor ta-
zón si el lector es un "bellante
actor". Por la misma naturaleza
de ente vivo que es el texto, no
puede haber lectura meramente
receptiva: el lector es actor o
simplemente no es lector. El
texto siempre llama la atención
al lector, el cual debe ponerse
"las pilas", sobre todo si descu-
bre que el texto palpita, clama,
anda, respira, interpela, anima,
habla, grita, calla, asombra,
canta, deleta, cuenta, inter-
ma...

Esta es la realidad del texto:
objeto-vida, que penosamente,
a veces, cae en manos de lecto-
res agónicos que matan la cali-
dad de vida del texto. Por desgracia este tipo de lectores no lec-
tores abunda en todas partes, de manera especial en la educación
formal, aunque parezca contradictorio decirlo. Y en esta mate-
ria situación está aquel que dice no leer porque no tiene libros,
otro que sostiene que no tiene tiempo, otro que no lee porque no
le gusta leer, y otro que aparentemente no tiene la culpa, porque
nadie le enseñó a leer en el amplio sentido de la palabra. Parece-

El texto en manos del
lector le brindará
—dependiendo del tipo de
texto— sabiduría,
comprensión, reflexión,
emoción, análisis, regoci-
jo, imaginación,
ensueño y sentimientos
inesperados que muchas
veces llevan al lector
a lo inaudito.

19. VIDA Y SILENCIO EN LA LECTURA

Cuando se lee, las palabras sólo tienen valor en la medida en que el lector deja de que "estén" para que pasen a "significar", a tener sentido, dependiendo no sólo del texto sino del contexto. El discernimiento y la sensibilidad dan paso del "estar" al significar. Si un lector carece de sensibilidad se contentará sólo con extraer los hechos del texto. Esta penosa realidad, en la que a duras penas se le presta la mínima atención al texto, ahuyenta la capacidad de aprender a extraer lo que las palabras nos sugieren, lo que en su sonido, en su forma, en su esencia y en su sentido nos están expresando continuamente.

El libro, más bien dicho la lectura, nos potencia, a la par que lo abrimos físicamente, a abrirnos mentalmente. Su llamada es una llamada silenciosa, insistente, cuestionadora, penetrante. Como sostiene el pensador parisiense George Steiner: "(...) en cada libro hay una apuesta contra el olvido, una postura contra el silencio que solo puede ganarse cuando el libro vuelve a abrirse". En este abrirse hay una continua manifestación de vida, de renovación mental. Pues, la palabra, ventajosamente, goza de longevidad, de una larga vida que la potencia a ser más en la medida en que el lector sabe compenetrarse responsablemente al abrir y cerrar el texto para que siga viviendo.

El texto tiene vida de múltiples maneras. Aun arrinconado sigue viviendo a la espera de que algún momento, en su larga longevidad alguien lo sacuda del letargo y del olvido al que injustamente lo sometieron. En ese silencio que el libro desparrama está la esencia de su larga vida; pues, se trata de un silencio vibrante. En el mayor silencio habla y dice mucho. Su silencio es un silencio a gritos, para que en silencio, en el mayor de los silencios, el lector pueda apreciar y valorar todo el potencial de vida genuina que el lector genuino puede extraer desde el mayor de los silencios. Que importante apreciar que desde el mejor de los silen-

cios, desde la soledad absoluta, desde la calma pero poblada por la fortaleza y la vida de la palabra, el texto nos favorece continuamente: nos ofrece un ceremonial de "irreverencias" porque conduce al buen lector a la construcción de su propia cosmovisión.

De alguna manera, el lector le da al texto varios retoques de vida. La presencia de los lectores no siempre es la misma frente al texto. Pero este contacto de lectura plural es altamente significativo no sólo para el lector, que aprende a tener vida con el texto, sino para el texto, que también aprende a tener vida, es decir a seguir existiendo al calor y al contacto de su lector. La presencia es viva y es vida para ambos. Entre lector y texto se genera y se regenera una continua vitalidad que desde la mejor interioridad del silencio, la verdad de la palabra se dignifica por sí misma y dignifica al lector en su esencia de actor y de ente dinámico que con la lectura hace posible una relación de reciprocidad. La respuesta de vida que el texto respira desde el sopor del silencio es brillante; se trata de un acto genuino de relación vibrante que provoca la necesidad de un encuentro matrimonial: el texto y el lector, el lector y el texto mantienen un largo ceremonial de afecto, de encuentro, de creatividad y de diálogo absoluto y para siempre.

20. ESPÍRITU Y LECTURA

La lectura es un forma de felicidad muy especial. ¡Y cómo no va a ser así si en los libros están los mejores espíritus de la humanidad! Bernard Shaw decía que todo libro ha sido escrito por el Espíritu, haciendo alusión, posiblemente, a la idea de que todo texto va más allá de la intención de su autor; además de que, y por malo que sea un autor para escribir, pone en juego todo su mundo interior, toda su gran riqueza espiritual, su sabiduría, para sacar a flote el universo de la palabra, que a decir de Jorge Luis Borges, es una obra divina.

Claro, es tal la naturaleza interior que subyace en cada escrito para dar forma a la alegría, que contagia sin mayor esfuerzo a un buen lector, como si se tratase de la venida del Espíritu Santo para irradiar de la sabiduría que el autor desparrama a sus lectores. En verdad, cuando el lector se deja "poseer" por el Espíritu Santo, su corazón, su ser entero rebota de felicidad porque de hecho goza y aprende de ese "espíritu santo" al cual le oye la voz delegada en cada palabra escrita del autor; pues, penetra con suavidad, con armonía, con gusto en cada alma lectora, si ésta, desde luego, está dispuesta a dejarse invadir por ese espíritu del escritor que siempre será tan especial como en verdad lo es el auténtico Espíritu Santo al cual cristianamente se hace alusión cuando de sentir la presencia de Dios en nuestras vidas se trata.

Desde luego que la felicidad lectora se posa en el lector si lee un libro que le agrada; pero ante todo, la felicidad no nace tanto en la lectura, sino en la relectura, la cual se deriva, desde luego, de la lectura. Esta relectura que es el goce más pleno, el más sublime quizá de todos los goces mundanos, se asemeja a lo que ya el mismo Borges decía: que "el libro tiene todavía cierta santidad que debemos tratar de no perder". Es decir, hay un marcado respeto por la palabra atenta, penetrante y enriquecedora que en cada relectura fluye hasta inundar al lector de una alegría sin par.

Y es tal la santidad borgiana del libro, es decir el Espíritu que posee, que el lector no sólo encuentra felicidad sino sabiduría. Y lo bueno es que en cada lectura el libro y el lector cambian, tal como sucede con la santidad real que una persona posee, que en la medida en que se siente iluminada por Dios, su conducta, sus actuaciones, van mejorando y por ende su accionar es de un gozo y de una paz interior que es la que la fortalece para vivir continuamente en santidad.

Con el libro y el lector sucede lo mismo: la connotación de las palabras que el lector percibe cada vez que acude a la lectura, a la relectura, a ese aliento mágico que lo inunda cada que abre el libro, producen un cambio, una elevación del espíritu. Desde luego que la santidad, el espíritu, el aliento mágico, la felicidad que el libro respira en cada poro de sus páginas no es tal si el lector no abre el libro.

El libro sólo adquiere vida, es decir ese algo sagrado y divino que posee, en el momento en que las manos "mágicas" del lector se acercan para abrirlo y sentir, a través de la mente, ese espíritu acogedor que en cada línea subyace para enriquecer al lector, a la par que también se enriquece el texto en cada apertura lectora.

BIBLIOGRAFÍA

- ADLER, Mortimer J. y DOREN Charles van: *Cómo leer un libro*, una guía clásica para mejorar la lectura, versión castellana de Flora Casas, segunda edición, Editorial Debate, Madrid, 2001.
- AGUDELO C., Álvaro: *¿Entendemos lo que leemos?*, San Pablo, Bogotá, 2002.
- BLOOM, Harold: *Cómo leer y por qué*, traducción de Marcelo Cohen, Ediciones Anagrama, Barcelona, 2002.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA: *En camino hacia el reino de Dios*. Imprenta Don Bosco, Quito, 1996.
- CROATTO, José Severino : *Hermenéutica bíblica*, un libro que enseña a leer creativamente la Biblia, Ediciones Lumen, segunda edición, Buenos Aires, 1994.
- DOMAN, Glenn: *Cómo enseñar a leer a su bebé*, traducción de Arturo Tenacio Vara y Patricia Parrón, segunda edición, Editorial EDAF, Madrid, 2002.
- ÉGÜEZ, Iván: "Diezvagaciones acerca de la lectura y la enseñanza de la literatura", Cuadernos de la Casa, número 11, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora, Quito, 2001.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila: *Invitación a la lectura*, Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1998.
- LAROUSSE: *Cómo comprender un texto*, Larousse Editorial S.A., Barcelona, 1998.
- LOMAS PASTOR, Carmen: *Cómo hacer hijos lectores*, Ediciones Palabra, S.A., Colección Hacer Familia, Madrid, 2002.
- PACHÓN F., Luis Enrique: *Cómo leer un libro*, s/r.
- SALMON, Ángela Katiuska: *Múltiples formas de cultivar lectores y escritores autónomos*, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora, Quito, 2001.

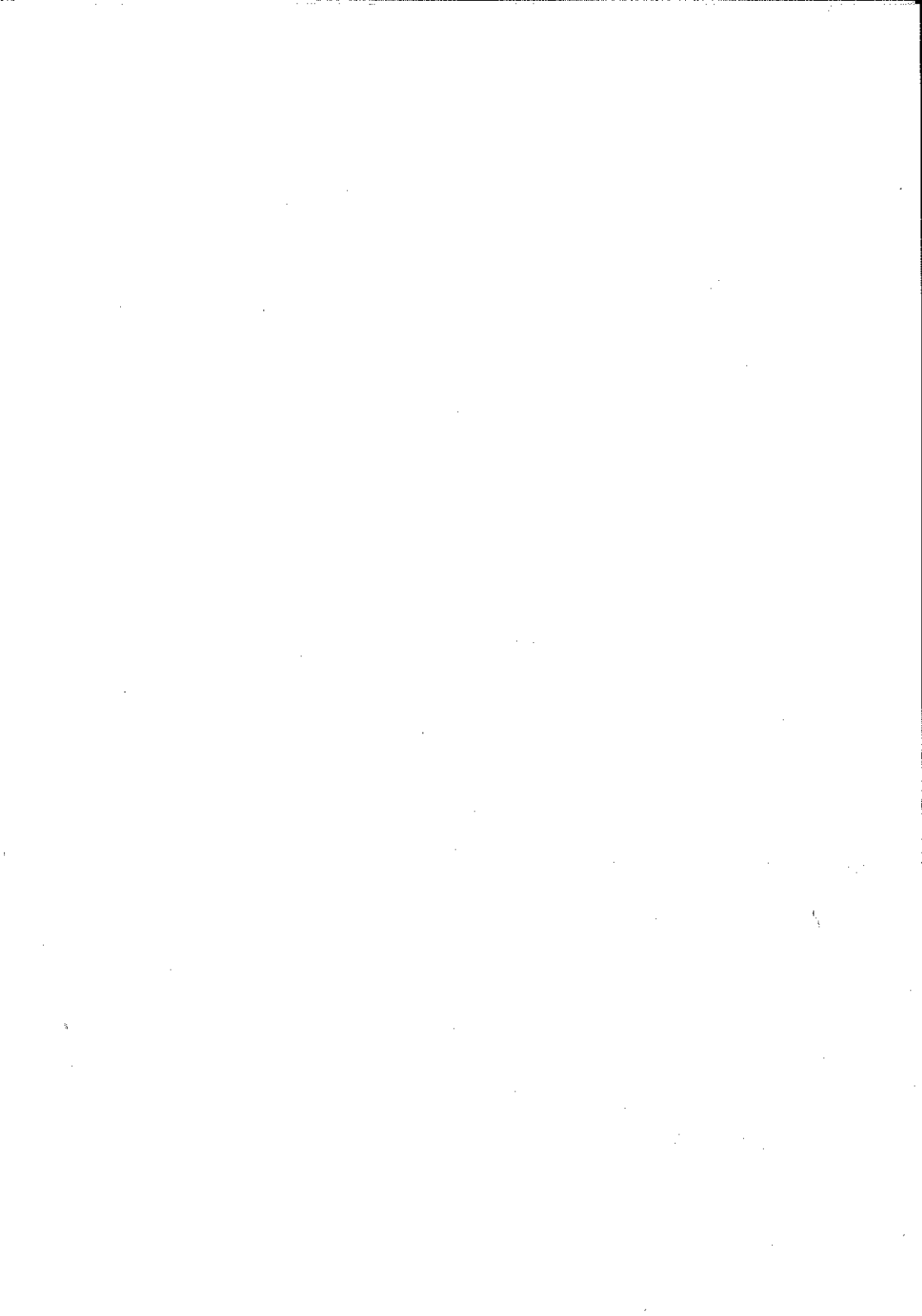
VARIOS autores: **Capítulo aparte**, revista sobre el tema de la lectura, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, número uno, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora, Quito, 2002.

VARIOS autores: **Capítulo aparte**, revista sobre el tema de la lectura, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, número dos, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora, Quito, 2003.

Varios autores: **La Biblia latinoamericana**, LXXXVI edición, Editorial San Pablo y Editorial Verbo Divino, Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Quito, 1989, Madrid, 1994.

ÍNDICE

	Págs.
1. LAS VENTAJAS DE SABER LEER	5
2. LEER ES UNA PASIÓN	7
3. ANIMAR A LEER	9
4. UN ENCUENTRO GOZOSO CON LOS LIBROS	11
5. CÓMO DISFRUTAR CON LA LECTURA	13
6. LECTURA Y APRENDIZAJE	16
7. EL HOMO LEGENS	18
8. EL LECTOR NO NACE, SE HACE	20
9. ¿CÓMO SE LEE UN TEXTO CIENTÍFICO?	22
10. ¿CÓMO SE LEE UN TEXTO FILOSÓFICO?	24
11. CÓMO SE LEE UN TEXTO BÍBLICO-TEOLÓGICO	27
12. CÓMO LEER LA BIBLIA DESDE LOS GÉNEROS LITERARIOS	30
13. LA LECTURA DE LOS EVANGELIOS A TRAVÉS DE LAS PARÁBOLAS Y DE LOS RELATOS DE MILAGRO	33
14. LA LECTURA DE LIBROS DE CIENCIAS SOCIALES	36
15. LA LECTURA EXTRÍNSECA	38
16. LA LECTURA DE DICCIONARIOS Y ENCICLOPEDIAS	40
17. CLAUSURA Y SENTIDO DEL TEXTO	43
18. EL TEXTO ES UN SER VIVO	46
19. VIDA Y SILENCIO EN LA LECTURA	49
20. ESPÍRITU Y LECTURA	51
BIBLIOGRAFÍA	53



TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

1. CULTURA Y LIBERTAD
Raúl Pérez Torres
 2. LITERATURA Y SOCIEDAD
Carlos Fuentes
 3. ÉTICA, MORAL Y ESTÉTICA
Napoleón Salto
 4. EL DEBATE POSMODERNO EN IBEROAMÉRICA
Néstor García Canclini
 5. REFLEXIONES DE FIN DE SIGLO
Ulises Estrella
 6. BENJAMÍN CARRIÓN
VERSIONES DE UN MAPA DE AMÉRICA
Gustavo Salazar
 7. LA REALIDAD Y LA PALABRA
Mario Benedetti
 8. HACIA UNA DANZA DE INCESANTES CONTRARIOS
Arturo Garrido
 9. EL CINE: BELLEZA DE LO IMPOSIBLE
Rodolfo Izaguirre
 10. LAS VOCES DE LAS ETNIAS AMERICANAS
Jorge Núñez Sánchez
 11. DIEZVAGACIONES ACERCA DE LA LECTURA Y LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA
Juán Egúez
 12. PALACIAS Y VERDADES SOBRE EL PLAN COLOMBIA
Manuel Salgado Tamayo
 13. FUTURO POLÍTICO DE INDOAMÉRICA
Otto Morales Benítez
 14. 7 CLAVES DEL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO CONTEMPORÁNEO
Antonio Sacoto
 15. EL GÉNERO PANFLETARIO, DOS PARADIGMAS: MONTALVO Y VARGAS VILA
Gustavo Pérez Ramírez
 16. EL CÍCLOPE CIEGO
Pablo Celi
 17. LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA VIDA SOCIAL
Bolívar Echeverría
 18. PURA VIDA, PROPUESTA DE REVOLUCIÓN CULTURAL PACÍFICA SIGLO XXI
Hernando Rojas
 19. SOBRE EL PROBLEMA DE LAS IDENTIDADES
Juan F. Ruales
 20. IDENTIDAD CULTURAL LATINOAMERICANA Y GLOBALIZACIÓN
Filoteo Samaniego
 21. EROPHILIA, CONJETURAS SOBRE MANUELA ESPEJO
Carlos Paladines
 22. EL INTERLOCUTOR NECESARIO
Pablo Dávalos
 23. INCENDIO EN LOS ANDES
Alexis Ponce
 24. CULTURA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS
Oscar Collazos
 25. ESCRITORES - NI DIOS NI DEMONIOS.
Edgar Allan García
 26. OSWALDO GUAYASAMÍN
Renán Flores Janamillo
 27. DEL FIN DE LA IDEOLOGÍA Y DE LA HISTORIA
Rodrigo Santillán Peralbo
 28. PRESENCIA DE TERESA DE LA PARRA
Efraín Villacís
 29. EL TEATRO POLÍTICO Y LA FIGURA DEL INCA
Patricio Vallejo
 30. ¿EL ESTERTOR DEL ESCORPIÓN?
Germán Rodas Chaves
 31. CAVILACIONES HISTÓRICAS Y CRÍTICAS EN TORNO DEL CONFLICTO COLOMBIANO
Fernando Arellano Ortiz
 32. REFLEXIONES SOBRE LA NOVELA
Nelson Estupiñán Bass
 33. EL SIGLO XVII: ESTÉTICA EN LA OBRA DE MIGUEL DE SANTIAGO
Juan Carlos Fernández
 34. BARROCO Y LITERATURA
John Beverley
 35. JOSÉ DE LA CUADRA: TRADICIÓN Y RUPTURA
Humberto Robles
 36. CAMINO A LA NOVELA DE JUAN RULFO
Alejandra Aguirre
 37. LO DESCONOCIDO DEL PUEBLO PRECOLOMBINO ECUATORIANO
Jaime Valencia
 38. LA TECNOCUMBIA: APROXIMACIÓN A LA MÚSICA POPULAR CONTEMPORÁNEA
Adrián de la Torre
 39. LOS ESTADOS DESUNIDOS DE AMÉRICA LATINA Y LA INTEGRACIÓN IBEROAMERICANA
Horacio Gómez Aristizábal
 40. LAS VENTAJAS DE SABER LEER
Galo Guerrero Jiménez
- Título en prensa:**
41. ASPECTOS HISTÓRICOS DE LA GENERACIÓN LITERARIA ECUATORIANA DE LOS AÑOS 60-70
Yolanda Zabala Borja

La actividad productiva del espíritu a través de la lectura es quizá una de las herramientas más extraordinarias para potenciar nuestro trabajo intelectual y de bienestar humano. ¡Cómo se enriquece nuestra vida con lecturas sabrosas, amenas, divertidas, serias y profundamente analíticas!

GALO GUERRERO JIMÉNEZ, ha realizado estudios superiores y de postgrado en Ecuador y España en las áreas de Educación, Literatura, Lingüística, Filosofía y Religiones. Director de la Escuela de Lenguas y profesor en las cátedras de Literatura, Antropología y Lingüística de la Universidad Técnica Particular de Loja; Vicerrector del Colegio La Dolorosa; articulista cultural del diario La Hora Matovelle. Presea al Mérito Literario y Cultural Benjamín Carrión, Ilustre Municipalidad de Loja 1998; Condecoración Literaria, Cultural y Educativa, Unión Nacional de Educadores, Loja 2001; Condecoración al Mérito Literario, Ilustre Municipalidad de Catamayo 2002.

Miembro correspondiente de la Casa de la Cultura Benjamín Carrión Núcleo de Loja y Miembro del Directorio de Hispanistas del Instituto Cervantes de Madrid, España. Autor de varios libros sobre Teoría Literaria, gramática, redacción, filosofía, ensayo, cuento y poesía.



C U A D E R N O S D E L A C A S A